



PILAR
RAHOLA

ROSA
DE
CENIZA

Pilar Rahola



Rosa de ceniza

Traducción de Josep Escarré

 Planeta

ÍNDICE

Preámbulo (18 de julio de 1909)	11
El Batallón de Cazadores de Reus	13
Chispas (1905)	17
Un señor con sombrero	19
Un muerto al atardecer	53
Un maestro de escuela	75
Llora ¡ <i>Cu-Cut!</i>	95
Cartas cruzadas	125
Fuego (1909)	137
Bodas de sangre	141
«A sus órdenes, gobernador»	176
Una hoguera	214

Y se van los soldados...	244
Al barranco del Lobo iremos a morir	279
Como una rosa de fuego	302
Cenizas (1909)	339
El espliego	341
Un vaso de horchata	344
Cae la noche	363
Un cuadro	383
Post scriptum	389
Notas	391

PREÁMBULO

18 DE JULIO DE 1909

EL BATALLÓN DE CAZADORES DE REUS

Era un pequeño grupo de damas refinadas, disciplinadamente comandadas por la mujer del gobernador Ossorio y las marquesas de Comillas y de Castell-Florite, que presidían la Comisión de ayuda al soldado. Se movían con pasos pequeños y con elegancia, pero también con la firmeza de quien está avezado a dar órdenes al servicio. Enric las tenía muy cerca y pudo oler los delicados perfumes que desprendían sus vestidos y que dejaban una extraña mezcla de aromas a su paso.

De pie, casi junto al agua, se distrajo mientras observaba a esas burguesas refinadas y pensó que se les saldría el hígado por la boca por ir tan encorsetadas. Se fijó en las caderas de una mujer gorda cuyo cuerpo se esforzaba por sobrevivir a una cotilla muy estrecha que la hacía resoplar. Le parecieron unas caderas enormes, pilares necesarios de un culo inmenso que amenazaba con estallar en cualquier momento. Dedicó unos instantes a esa

idea y trató de imaginarse el ruido que haría un culo bomba al explotar. «¡Buuum!...», se dijo, pero la voz aguda de una de esas damas lo devolvió a la realidad.

«Escapularios, escapularios para nuestros soldados», gritaba con decisión mientras se paseaba entre los familiares que se habían agrupado en el puerto para despedir a los hombres que se iban a la guerra de África. A cada soldado le entregaba una petaca con cigarrillos y una medalla de latón de la Virgen que llevaba inscrita una divisa en latín, «*In hoc signo vinces*», y ella la repetía en catalán, como si fuera una plegaria: «“Amb aquest signe venceràs”, como lo hacían los primeros cristianos, que Dios esté contigo», y se santiguaba. Tenía una vocecilla afilada que lanzaba una especie de chillidos de aprendiz de soprano, y aquel agudo aguijón lo hizo reaccionar con irritación, pero cuando estaba a punto de proferir unas palabras gruesas contra las damas de los escapularios, una mujer que estaba cerca y que despedía con los ojos empañados a su marido le espetó: «Seguro que no embarca ningún hijo suyo ni ningún pariente», y entonces le escupió. Al instante, la voz de un joven sonó valerosa: «¡Que no se lleven a nuestros hermanos a morir por los Güell y por los Romanones y los Comillas!», y otro lo siguió, «¡Que mueran en África los malditos sacerdotes y los marqueses y los reyes, y que los entierren en sus minas del Rif!».

Y a partir de aquellos primeros arrebatos, el puerto se transformó en una multitud de gritos farfullados que exigían la independencia de Melilla y el regreso de los soldados y que murieran los curas y quemaran las iglesias. Las damas de los escapularios empezaron a gritar mientras se agarraban las faldas y trataban de correr torpemente. Una de ellas estuvo a punto de caerse cuando la empujó una niña que había ido a despedir a su padre y que la miraba con unos ojos rojos que parecían de fuego. El mar se llenaba de medallas y de escapularios que iban cayendo y trataban de flotar unos instantes antes de ser engullidos por las aguas del puerto.

Por todas partes aparecían hombres gritando consignas, y las mujeres, las madres y las hijas de los soldados se sumaban al coro de voces airadas que exigían que sus hombres no se marcharan para morir. Y mientras el conato de disturbio iba en aumento y se desataba la cólera, un pelotón de soldados desplegado ante los manifestantes adoptó la posición de tiro. Al mismo tiempo, otro grupo de soldados improvisó una hilera de fusiles y obligaron a los hombres del Batallón de Cazadores de Reus a caminar hasta el vapor *Cataluña*. Enric pensó que aquella era la fila de la muerte. Entonces alguien, desde el fondo del gentío, alzó la voz y gritó: «Los obligan a subir al barco del marqués de Comillas para mandarlos a la guerra de sus amigos, cerdos malnacidos, asesinos», y la multitud, encen-

dida, gritó a coro, «¡Muerte al marqués de Comillas!», mientras repetía la letanía «Abajo la guerra, que vayan los ricos».

La rabia se había hecho física, los gritos quemaban el aire como si fueran bolas de fuego, la multitud empujaba a los soldados sin miedo a los fusiles, y entre los mandos del Ejército aumentaba la inquietud. Fue entonces cuando se oyó el primer disparo.